

Presidente D. Pozo y Mora

ACTA

DE LA

SESIÓN INAUGURAL

del año académico de 1892-93,

CELEBRADA EN EL

ATENEO BARCELONÉS

el día 12 de Diciembre de 1892



MINISTERIO
DE CULTURA



ACTA

DE LA

SESIÓN INAUGURAL

del año académico de 1892-93.

CELEBRADA EN EL

ATENEO BARCELONÉS

el día 12 de Diciembre de 1892



BARCELONA — 1893

IMPRESA DE HENRICH Y C.² EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.²
Pasaje Escudillers, 4

MINISTERIO
DE CULTURA



JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO 1892 Á 1893

PRESIDENTE

D. José Yxart y Moragas.

VICEPRESIDENTE

D. José Torres Argullol.

SECRETARIO GENERAL

D. Joaquín Fiter y Cava.

VICESECRETARIO. D. Ricardo Torralba.
TESORERO. D. Fernando Modesto Perpiñá.
CONTADOR. D. José Feu Junyent.
BIBLIOTECARIO.. . . . D. Ramón Altayó.
CONSERVADOR. D. José Doménech Estapá.

VOCALES SIN CARGO

D. Modesto Sánchez Ortiz.
D. Pedro Campillá y Casades.
D. Serafín Carrer y Manegat.
D. José Garriga Nogués.
D. Pedro Alier.
D. Agustín Ferrer y Pagés.
D. José Boada Romeu.

JUNTAS DE LAS SECCIONES

SECCIÓN DE LITERATURA, HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

- D. Felipe Dalmases y Gil, *Presidente*.
- D. Luis Figuerola, *Vicepresidente*.
- D. Carlos M.^a Soldevila, *Secretario*.
- D. Enrique Magalona, *Vicesecretario*.
- D. Victor Langlois du Feu, *Revisor de cuentas*.
- D. Ricardo Torralba, *Vocal de la Directiva*.
- D. Modesto Sánchez Ortiz, *Id. id.*

SECCIÓN DE BELLAS ARTES

- D. Cayetano Buigas Monrabá, *Presidente*.
- D. José Tamburini, *Vicepresidente*.
- D. José Suñé y Molist, *Secretario*.
- D. Julio M.^a Fossas, *Vicesecretario*.
- D. José Amargós Samaranch, *Revisor de cuentas*.
- D. José Torres Argullol, *Vocal de la Directiva*.
- D. Agustín Ferrer y Pagés, *Id. id.*

SECCIÓN DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

- D. Jaime Carner Romeu, *Presidente*.
- D. Manuel M.^a Illas Fabra, *Vicepresidente*.
- D. Rafael Deas Caravent, *Secretario*.
- D. Antonio Solo y Castaños, *Vicesecretario*.

- D. Santos Gaztañondo, *Revisor de cuentas.*
D. Joaquín Fiter y Cava, *Vocal de la Directiva.*
D. Pedro Campillá y Casades, *Id. id.*

SECCIÓN DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES

- D. José Ricart y Giralt, *Presidente.*
D. Juan Ristol, *Vicepresidente.*
D. José M.^a Roca, *Secretario.*
D. José Tous Malleu, *Vicesecretario.*
D. Ramón Faraudo Ortells, *Revisor de cuentas.*
D. José Doménech Estapá, *Vocal de la Directiva.*
D. Serafín Carrer, *Id. id.*

SECCIÓN DE AGRICULTURA

- D. Trinidad M.^a Oms, *Presidente.*
D. José Viñeta y Bellaserra, *Vicepresidente.*
D. Juan Just, *Secretario.*
D. José Vivé Picaso, *Vicesecretario.*
D. Tomás Valldeperas, *Revisor de cuentas.*
D. José Feu Junyent, *Vocal de la Directiva.*
D. José Boada Romeu, *Id. id.*

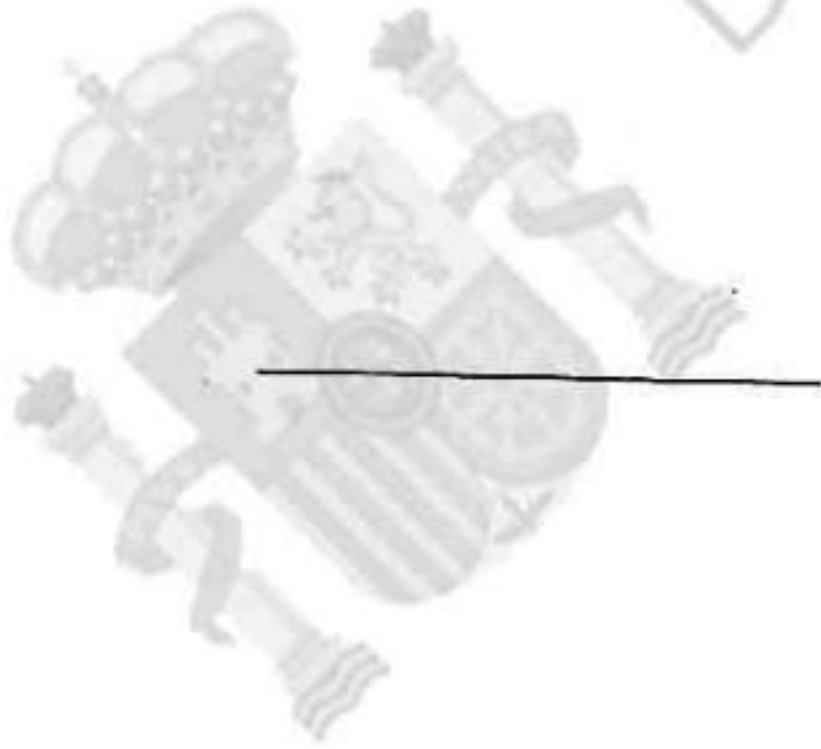
SECCIÓN DE INDUSTRIA

- D. Federico Armenter, *Presidente.*
D. Juan Ferrer y Soler, *Vicepresidente.*
D. Ginés Codina Sert, *Secretario.*
D. Tomás Samora, *Vicesecretario.*
D. Ramón Sala Mirapeix, *Revisor de cuentas.*
D. Ramón Altayó, *Vocal de la Directiva.*
D. Pedro Alier, *Id. id.*

SECCIÓN DE COMERCIO

- D. Sixto Quintana, *Presidente.*
- D. Alfredo Maristany, *Vicepresidente.*
- D. Juan Font Milá, *Secretario.*
- D. Alfonso Arús, *Vicesecretario.*
- D. Roberto Guille, *Revisor de cuentas.*
- D. Fernando Modesto Perpiñá, *Vocal de la Directiva.*
- D. José Garriga Nogués, *Id. id.*

MINISTERIO
DE CULTURA



ACTA DE LA SESIÓN

En la ciudad de Barcelona, á 12 de Diciembre de 1892, bajo la presidencia del Sr. D. José Yxart y Moragas, con asistencia del Excmo Sr. Capitán general, del Excmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial, del Excmo. Sr. Alcalde Constitucional, del Sr. Delegado del Ilmo. Sr. Presidente de la Audiencia, de los dignos representantes de las corporaciones científicas, artísticas y literarias, Real Academia de Buenas Letras, Real Academia de Ciencias exactas y Artes, Academia y laboratorio de Ciencias médicas de Cataluña, Asociación Artístico-arqueológica de Barcelona, Bolsín Catalán, Juventud Mercantil, Amigos de la Instrucción y Ateneo de la Clase Obrera; de algunos ex presidentes de esta Sociedad, individuos de la Junta Directiva y gran número de socios, abrióse en el salón de cátedras del Ateneo Barcelonés la sesión inaugural del curso académico de 1892 á 1893.

El Sr. Presidente concedió la palabra al Sr. Secretario general saliente, D. Pedro Campillá y Casades, quien dió lectura á la Memoria de los trabajos del año anterior, que es como sigue:

MINISTERIO
DE CULTURA



EXCMO. SR.:

SEÑORES:

Desde que por Real orden de 14 de Abril de 1860 se aprobaron los Estatutos como ley fundamental de esta Corporación, y en público y solemne acto se constituyó en 21 del siguiente Mayo el Ateneo bajo la Presidencia del Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, con lectura en dicho acto del discurso, de imperecedera memoria, *ad hoc* escrito por el sabio economista y nunca bastante llorado Catedrático de nuestra Universidad literaria D. Ramón Anglasell, ha venido en todos los años sucesivos—sin interrupción alguna—solemnizándose en los últimos días de Noviembre, ó en el mes de Diciembre, aquel fausto suceso, con la fiesta anual que en esta noche vamos á celebrar. Los discursos inaugurales, desde este sitio leídos, constituyen uno de los mejores timbres de gloria para los que con justicia conquistaron la Presidencia de esta Corporación, y no quedará, en verdad, á la zaga de ninguno de ellos el que ante las dignísimas Autoridades y representantes de Corporaciones científicas y literarias que nos han honrado con su asistencia, pronuncie el que—salvando todos los respetos, y con perdón del mismo,—no vacilo en designar como el primero de nuestros críticos: si me equivoco, ya me lo diréis después de la audición de «La Crítica literaria con-

temporánea» con que se inaugura la vida del presente año académico.

Perdonadme si con mi reseña me antepongo al Discurso inaugural, pero conste que lo hago prestando fiel acatamiento á la tradición, que impone al individuo de la Directiva que tuvo á su cargo la Secretaría del Ateneo, la obligación de leer al comienzo de este solemne acto una reseña de los principales trabajos realizados, así por la Corporación como por alguna de sus Secciones, y en cumplimiento de este deber voy á molestaros por contados minutos, si me prestáis, como no dudo, vuestra siempre benévola atención, que anticipadamente agradezco.

En 1.º de Julio de 1891 tomó posesión la Junta Directiva que había de regir los destinos del Ateneo hasta 30 de Junio último. Fué por unanimidad elegido Presidente el conocido Abogado y renombrado Catedrático de Hacienda pública don José Doménech y Coll.

Asunto importante, que de algún tiempo venía preocupando la atención de todos los socios y que había motivado dos Juntas Generales, en la primera de las cuales se invirtieron tres sesiones, estaba pendiente, cuando la última Junta tomó posesión. Fué, pues, el asunto á que aludo, el primero á que dedicó especial estudio la Directiva; bien comprenderéis que me refiero al expediente de permuta del nuevo con el antiguo Cuartel de la Guardia Civil á nombre de esta Corporación instruído, para obtener local á propósito en que edificar nuestro albergue. Con fundamento ó sin él, se vislumbraban por algunos ciertos compromisos cuyo cumplimiento hubieran podido perjudicar los intereses del Ateneo, pero después del estudio realizado y de las entrevistas celebradas con el Excmo. Sr. D. Manuel Girona, por cuenta de quien el Ateneo obraba, se adquirió no sólo el convencimiento de que ningún temor fundado podía abrigarse, sí que la seguridad de que D. Manuel Girona jamás había entendido obligar al Ateneo en cuantas gestiones, con su expreso beneplácito, en el expediente de permuta se habían practicado. Así por escrito lo reiteró dicho señor al contestar al oficio de la Directiva de 19 de Octubre, por el que se le hacía saber haberse recibido del Arquitecto D. Elías Rogent las valora-

ciones de los cuarteles antiguo y moderno de la Guardia Civil. Procedió la Directiva en esta conformidad, para no realizar, por sí propia, acto alguno, ya que en dicho oficio interesó del Sr. Girona la declaración de si «sin responsabilidad alguna para el Ateneo y obrando sólo por su cuenta exclusiva, había de presentar ó no desde luego al Sr. Delegado de Hacienda dichas valoraciones para que surtiesen en el expediente de permuta los efectos consiguientes», significándole que no habiendo la Directiva practicado ningún acto oficial en dicho expediente, no quería que de la presentación de las valoraciones pudiesen deducirse consecuencias que de cerca ni de lejos se derivase compromiso para la Sociedad. Por su parte D. Manuel Girona contestó que podían trasladarse, lo más pronto posible, á la Administración las valoraciones con la comunicación del perito Sr. Rogent que las acompaña, y que mediante dicha remisión y el cumplimiento de las demás tramitaciones necesarias por parte del Ateneo, «no tendrá éste responsabilidad ni daño en el asunto, puesto que en el caso de haber postor no habrá permuta, y yo me quedo con el cuartel nuevo, que es de mi propiedad, y si no hay postor, en cuyo caso hay permuta, me quedo también con el cuartel viejo».

Puso más adelante el Sr. Delegado de Hacienda en comunicación del Ateneo, que no estando conformes los peritos en cuanto á la tasación del edificio nuevo, se le conteste si se acepta ó no la valoración por el tipo más bajo, advirtiéndole que de no aceptarse dicha tasación se entenderá terminado el expediente y rechazada la permuta, pero como la Directiva no podía separarse del límite cerrado en que respecto á este asunto se había colocado, en vez de dar por sí contestación á la alternativa, se puso de acuerdo con D. Manuel Girona, y en escrito razonado contestó al Sr. Delegado: 1.º que por el defecto substancial de que la valoración adolece y por la ligereza que á simple vista denota la practicada por el perito de la Administración, no podía decir si acepta ó no la suma indicada por este perito, por no poder considerarla tasación, y 2.º que la Directiva entiende que el art. 31 de la Instrucción de 5 de Febrero de 1877 no puede aplicarse al caso actual, por razón del curso que desde un principio dió el Gobierno

al expediente, y haber en sus méritos el Estado recibido y aceptado como bueno el edificio ofrecido, y que ocupa hace ya más de dos años.

La Junta Directiva cuya gestión relato, se complace en hacer constar que no practicó en la llamada cuestión de edificio acto alguno que determine responsabilidad, obligación ó compromiso por parte del Ateneo, y que todos sus desvelos se encaminaron á desvanecer todos los temores ó dudas en que el asunto se hallaba envuelto.

A coronar la realización de este propósito se dirigieron las gestiones, que con éxito se llevaron á cabo, para desligar los depósitos que en títulos de la Deuda Exterior de 4 por 100 de valor nominal 268,000 pesetas se hallaban constituidos en el Banco de Barcelona, de toda obligación, compromiso ó garantía para la realización de la permuta ó adquisición de nuevo edificio. Levantáronse, sin dificultad, los depósitos que con tanto asombro miraban los que veían en inminente peligro nuestros ahorros, y libre todo el haber del Ateneo de obligación extraordinaria y ordinaria, vió en sus manos todo su capital, y como no había de fiarlo en la insegura arca de nuestra Secretaría, lo constituyó en un solo depósito en el primer establecimiento de Crédito de esta capital, en el Banco de Barcelona. Al finalizar el anterior ejercicio quedaban depositados en títulos de la Deuda Exterior del 4 por ciento 283,000 pesetas, que están á la disposición de la Junta Directiva para levantarlos, en virtud de acuerdo que se tome en sesión extraordinaria, á la que además de los individuos de aquélla sean convocados los Presidentes de las Secciones, expresándose en la convocatoria el objeto de la sesión y debiendo el acuerdo ser tomado por la mayoría absoluta de los convocados, y en Junta á que concurren las dos terceras partes de los mismos.

Deslindada en tan halagüeños términos la situación legal del Ateneo en un asunto que tan obscuro por la generalidad se veía, y asegurados con cautela los no despreciables ahorros que con una buena administración se habían reunido, é impreso en ellos, con cierta táctica financiera, el don de la reproducción, ya que por sí solos constituyen, por la renta periódica y segura que disfrutaban una fuente de riqueza, pudo

ATENEO BARCELONÉS



MINISTERIO
DE CULTURA



la Directiva convocar Junta General, para venir por este medio en conocimiento de los propósitos de la Sociedad en cuanto digan relación con el expediente de permuta pendiente y con el deseo de adquirir ó construir por cuenta propia un edificio que responda cumplidamente á la realización de sus fines. Celebróse en 9 de Mayo último dicha Junta General, y por gran mayoría se acordó: 1.º que el Ateneo se apartase del expediente de permuta incoado en su nombre, cediendo, en consecuencia, á D. Manuel Girona todos los derechos que al Ateneo asisten en dicho expediente; 2.º que el Ateneo no tiene el propósito de adquirir ni construir por su cuenta un edificio que responda cumplidamente á la realización de sus fines, y 3.º que se autorizaba á la Junta Directiva para que en unión con los Presidentes de Secciones pudiese obtener en arriendo por largo plazo algún local que, mejorando el presente, sea adecuado á las necesidades y conveniencias de la Sociedad, sometiendo el contrato, antes de cerrarlo, á la aprobación de la Junta General.

Manifestada en estos términos la soberana voluntad de la Corporación, hubo la Junta Directiva, que á los pocos días se reunió, de estudiar lo que de momento había de hacerse y estimó que lo más conveniente era ponerse de acuerdo con D. Manuel Girona sobre la manera de llevarse á efecto la cesión de derechos á que se refiere la primera de las preguntas á que contestó afirmativamente la Junta General, para la realización de lo cual se confirieron amplias facultades á la Mesa.

Antes de cesar la anterior Junta Directiva, en vista del expediente de permuta y de acuerdo con D. Manuel Girona, elevó al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda una exposición razonada, en la que después de haber hecho mención de los acuerdos de la última Junta General, de renunciar el Ateneo, por ahora, á adquirir edificio propio y apartarse del expediente de permuta incoado con su primera solicitud de 23 de Marzo de 1884, no reconociendo el Gobierno hoy á la Sociedad otro carácter que el de un simple particular, significaba que no podía ofrecer dificultad alguna la cesión y traspaso que hace de su representación y derechos á D. Manuel Girona, que después de todo es el propietario del edificio ofrecido por

el Ateneo al Estado. Indicábase también en dicho documento que no tan sólo dicha cesión era necesaria y legítima, si que al propio tiempo era la única solución natural, después de la renuncia del Ateneo á adquirir el edificio del antiguo cuartel; por cuanto si la permuta no se realiza porque en la subasta haya postor que cubra ó mejore el tipo de tasación, el edificio nuevamente levantado por D. Manuel Girona puede ser adquirido por el Estado de su propietario, que es el mismo Sr. Girona, y no del Ateneo, que no lo ha poseído nunca; terminando dicha comunicación suplicando que se aceptase la cesión que el Ateneo hace á D. Manuel Girona de todos los derechos que le asisten en el expediente de permuta del edificio cuartel antiguo de la Guardia Civil por el nuevo de la calle de Ausias March que ocupa actualmente dicho Instituto, desde 26 de Abril de 1890.

Este es el cierre que dió dos días antes de su cese la Junta Directiva al expediente de permuta.

Otro punto cuya importancia habían ya reconocido anteriores Juntas Directivas y que, por tanto, no podía menos de ser mirado con predilección por la del año último, es el de la reforma de los Estatutos. La dificultad práctica de poderse llevar á cabo dicha reforma, había sido hasta aquí considerada poco menos que insuperable y de ella se lamentaba en el año 1887, en ocasión como la presente, mi ilustrado antecesor al dar cuenta de que la Directiva no había podido dar cima á la reforma de los Estatutos. La dificultad nacía de los términos del artículo 53 de los mismos. Dice dicho artículo: «Para la reforma de los presentes Estatutos, será necesario la »propuesta de la Junta Directiva ó de una Sección y la apro- »bación de la mayoría absoluta de aquélla y el voto conforme »de cinco de las siete Secciones de que se compone el Ate- »neo.» Consideróse, y con razón, que un proyecto de Estatutos sometido á la vez á la deliberación de siete asambleas no podía alcanzar de cinco de ellas, la aprobación en todos y cada uno de los artículos que contuviese; por esto tuvo que idearse un medio que salvase inconveniente de tal importancia, previo detenido estudio y consulta de personas que hubiesen

dedicado sus vigilias á tal materia, en cuyo caso se hallaba el que ha ocupado en años anteriores la Presidencia, D. Juan Tutau, y la solución del conflicto se halló interesando de las siete Secciones de que se compone el Ateneo la reforma es-cueta del citado artículo 53, cuyo contenido se propuso fuese sustituido por el siguiente: «Para la reforma de los Estatutos del Ateneo Barcelonés, será necesaria la propuesta de la Junta Directiva ó de una Sección y que la acuerde por mayoría una Junta Extraordinaria á la que se invite, además de los individuos de la Directiva, á los Presidentes de las Secciones siempre que concurran á la misma las dos terceras partes de los que han debido ser convocados.»

Más de cuatro meses hubieron de transcurrir para poder alcanzar que cinco de las siete Secciones prestaran su incondicional conformidad á la reforma del citado artículo 53, propuesta á las mismas en virtud de acuerdo tomado en Junta Extraordinaria, pero por fin, se obtuvo la mayoría indispensable para que el citado artículo quedase reformado en la conformidad propuesta por la Junta Directiva.

Queda, pues, reformado el artículo de los Estatutos concerniente á la reforma de los mismos, y para que tal reforma surtiese sus efectos legales, en cumplimiento de lo que previene el apartado 3.º del art. 4.º de la ley de Asociaciones de 30 de Junio de 1887, se participó haberse realizado al Excelentísimo señor Gobernador Civil, acompañando por duplicado certificación del acuerdo.

Falta ahora sólo que la Junta Directiva actual, ó una Sección, presente el proyecto de nuevos Estatutos para que, con las solemnidades del artículo 53 reformado, pueda ser discutido y aceptado.

Los dos puntos hasta aquí tratados son los que debieron llamar con mayor predilección el cuidado de la Junta Directiva, á la que le cabe la honra de haberlos llevado á buen término.

Hubo también de prestar su atención á cuanto las necesidades ó conveniencias exigiesen, introduciendo en todos los servicios las mejoras que su buen celo le sugirió. Entre otras,

pueden citarse la instalación del alumbrado eléctrico en el Salón, Biblioteca y Salas de estudio; el cambio, en lugar más á propósito, de la guardarropía; la sustitución de algunos muebles por otros; la ultimación del Catálogo General y Regional de la Biblioteca, y un pequeño aumento de personal. Acordó y llevó á cabo la entrega de un ejemplar del Catálogo á los señores Socios que lo desearan.

Acordó también la colocación en la Galería de retratos del que fué por dos veces nuestro dignísimo Presidente el doctor D. Narciso Carbó de Aloy.

Durante su gestión, la Junta Directiva tuvo la desgracia de perder á un individuo de su seno, al Contador D. José Vila y Lletjós, y el Ateneo, durante igual período, ha tenido que lamentar la muerte de su único socio honorario, el Exce-lentísimo Sr. D. Joaquín Jovellar, que tantos y tan valiosos servicios había prestado á esta Corporación. Descansen en paz el laborioso é inteligente Ingeniero y el bizarro General que tan buen nombre dejaron.

Se complace también la Directiva en consignar que el personal cumplió perfectamente sus deberes y que ni un solo correctivo fué menester.

La Junta Directiva hubiera deseado que durante el año académico que relatamos hubiese el Ateneo dado, como en otras ocasiones, muestras evidentes de febril vida científica, literaria ó artística, para que nunca pudiera sospecharse de la verdad de la afirmación consignada en uno de los discursos inaugurales, de que la característica de esta Asociación era el ejercicio vigoroso de los dos medios de propagación más eficaces: la Cátedra y la controversia; y para que estos medios se utilizaran convenientemente; se excitó por medio de comunicación á los señores Presidentes de las Secciones para que, por su parte, procurasen manifestaciones externas de laboriosidad en cada uno de los ramos del saber humano, tan dignamente representados por los individuos que componen esta Sociedad. Sin embargo, circunstancias difíciles de apreciar, han impedido que este Salón se viese concurrido, como lo ha sido siempre que ha ocupado la Cátedra cualquiera de

las celebridades que hasta ahora han venido honrándola, y esto es más de lamentar, por haberse inaugurado el año académico, que ya ha transcurrido, con un discurso presidencial que daba ancho y fecundo campo á la discusión. Por persona tan perita y versada en materias económicas como el ilustrado Catedrático de Hacienda de nuestra Universidad D. José Doménech y Coll, se puso sobre el tapete el estudio del *Déficit*, por él llamado fantasma de nuestra empobrecida Hacienda, y de lamentar es que á pesar de que, en su erudito discurso, hizo atinadas excursiones históricas, facilitó datos estadísticos de valiosa importancia y propuso medios prácticos para enjugar, ó cuando menos disminuir, el Déficit que amenaza serios trastornos, no hayan venido nuevos adalides —y esto que abundan en cantidad y calidad en este Ateneo— á ventilar y resolver problema tan oportuno, no obstante haber reclamado desde este sitio el auxilio de la ilustración de las Secciones y el empleo de la influencia social en la propaganda y conquista de la opinión para que las reformas reconocidamente útiles vengán impuestas por los senderos de la rectitud y de la justicia.

No quiere esto decir que la vida científica no haya sido el objetivo principal de todas y cada una de las Secciones; ha sido más individual que colectiva; ha sido más privada que pública. La Sección de Ciencias exactas y naturales, empero, se constituyó, y en su sesión inaugural, el Secretario de la misma, Dr. D. Juan Freixas, dió lectura á una bien estudiada y escrita Memoria titulada «Consideraciones sobre el art. 81 de la vigente ley de Sanidad», en la que lamentó y censuró duramente la tolerancia con que se contempla la infracción del referido artículo, y dió fin á ella sentando cuatro conclusiones encaminadas á poner correctivo al mal que denunciaba. No obstante haber sido la Memoria escrita como base de discusión, no hubo discrepancia respecto de la misma, y con la inaugural, terminaron las sesiones de la Sección de Ciencias naturales y exactas. Ciertamente no se explica cómo dicha Memoria dejó de ser, si no materia de encontrado debate, punto de detenido estudio, para poner remedio al mal, correctivo á la infracción y límites precisos y justos á la prohibición tan entusiastamente ensalzada por el Dr. Freixas. No se com-

prende el silencio de personas doctas ante los términos de las cuatro conclusiones sentadas por el disertante, tanto más cuanto persiguiéndose lo que la justicia y conveniencia social aconsejan ó imponen, el público se queda, ante tal fenómeno, perplejo y vacilante, pues no ha tomado aún carta de naturaleza el dicho de que *quien calla otorga* porque le lleva ventaja el de que quien calla no dice nada.

En las restantes Secciones fueron también privados ó individuales los estudios y trabajos practicados, pues ningún tema científico ni literario ha sido objeto de debate ni de desarrollo y todas ellas han estado faltas del estímulo que en casos ordinarios produce la inauguración de trabajos por medio de la lectura de una Memoria sobre tema adecuado á su especialidad.

Si, empero, por causas que sin duda tienen laudable explicación que las justifique, es de lamentar la inercia ó atonía que en ese período se observa en esta Corporación, cuyo principal objetivo es la difusión de toda clase de conocimientos y la busca de la armonía de todos los intereses, no hemos de desmayar, porque no en vano se consignó en el primer discurso leído en el Ateneo, que sería éste siempre un centro de atracción y de armonía donde facilite ó apronte cada uno el bien que pueda allegar para sí, para sus conciudadanos y para sus compatriotas, y muy posible es que tras días de quietismo, producido sin duda por causas pasajeras, vengan otros de exuberante vida científica y animación académica, como ocurrió en los años 1880, 84, 88 y 89 y amanece en el actual.

Fructífera ha sido, por otra parte, la Asociación y laboriosos han sido los trabajos practicados con motivo de la promulgación de los nuevos Aranceles de 31 de Diciembre último. Por iniciativa de la Sección de Comercio, se reunieron el Presidente de la misma y los de las de Industria y Agricultura, acordando en principio abrir una información arancelaria, idea que, sometida á las Secciones respectivas, fué por todas ellas aceptada, y por la urgencia que á su entender el caso revestía, se constituyeron, previa la venia del Sr. Presidente del Ateneo, en sesión permanente bajo la presidencia alternada de cada uno de los señores Presidentes de Sección, los

individuos correspondientes á las mismas, inaugurándose bajo la presidencia de D. José Collaso, actuando de Secretario D. Pedro G. Maristany. Con una constancia y asiduidad digna de todo elogio, trabajaron algunos de los individuos de las mencionadas Secciones desde 30 de Enero á 24 de Mayo del corriente año, distinguiéndose por su celo sus respectivos Presidentes D. José Collaso, D. Carlos Pigrau y D. Damián Mateu y como Secretarios los Sres. D. Alfredo y D. Pedro G. Maristany, D. Fernando Modesto Perpiñá, D. Manuel Marquet y D. Sixto Quintana. Varios fueron los señores que durante la información arancelaria, que por escrito y de palabra tuvo lugar, tomaron parte en ella ocupándose de diferentes partidas de los nuevos Aranceles, principalmente las referentes á hierros, algodones, pieles, mármoles, productos químicos, corchos, drogas, hojas de lata, colores de anilina y alizarina, etc., etc. En general, todas las informaciones versaron sobre asuntos de capital interés para la industria de Cataluña, pues, como se ve por lo arriba expuesto, tuvieron por base las primeras y más necesarias materias para la manufactura nacional.

Los trabajos arancelarios presentados, tendieron todos al favorecimiento de los artículos necesarios para nuestras fábricas, en sus diversas industrias; al abaratamiento y consiguiente rebaja arancelaria de los crecidos derechos impuestos por el nuevo Arancel á productos que importados en grandes cantidades y no producidos en España, gravaba el recargo que se les aplicó, directamente y de una manera muy notable, á la naciente industria española, á la que los nuevos Aranceles, establecidos bajo un criterio proteccionista, debieran haber tendido á proteger.

Quizás por pedirse en la mayor parte de informaciones, *rebajas arancelarias* en las partidas respectivas, defendidas con argumentos dignos de tenerse en consideración, se inició desde el primer momento marcada oposición por parte de ciertos elementos contra la información abierta en este Ateneo, echando al vuelo que más bien eran doctrinas libre-cambistas, que estudios del sistema proteccionista los que se iban á desarrollar y á defender en dicha información.

Tal suposición hubo de merecer los honores del desprecio

por parte de los que prácticamente demostraban que no habían olvidado que el Ateneo era la primera Sociedad, de las existentes, creada para la defensa de los intereses morales y materiales del país, que tiene el derecho de estudiar y proponer las reformas necesarias para el mejor desarrollo de estos intereses, y que dada su historia será siempre un ataque injusto imaginar que en una forma ú otra pueda atentar á lo que forma la base de su existencia.

Las dificultades surgidas en dicha información, si no la echaron á pique, lograron cuando menos atenuar sus efectos, ya que muchísimo más amplia hubiera podido ser, dados los elementos valiosísimos que existen en el Ateneo.

Aunque no se la califique más que de un simple ensayo, que no otro fué el intento de sus iniciadores, por no ocultárseles los extraordinarios trabajos que una empresa de tal índole requería, el resultado obtenido no deja de ser un estímulo para las futuras, y servirá para demostrar que cuando hay buena fe, inteligencia y constancia, se pueden lograr siempre satisfactorios resultados.

Pero dicha información ha dado ya un resultado práctico, se siente ya, y otros le seguirán, resultantes de la misma.

Los colores derivados de la hulla que, desde más de veinte años acá, han venido aforándose por una sola partida del Arancel y cuya tarifa máxima está fijada en Ptas. 3 el kg., y la mínima en 2'50 el kg. se han dividido en dos partes en el tratado recientemente convenido con Suiza (Tarifa B, n.º de tarifa española 101.)

La 1.^a comprende colores de anilina y alizarina *en polvo* y paga Ptas. 1'50 el kg.

La 2.^a, iguales colores *en pasta*, cuyo derecho se fija en Ptas. 0'50 el kg.

Los productos de que se trata, son indispensables á todas las modernas industrias de tintorería y estampados, su empleo se cuenta por millares de kilogramos y no hay más que fijarse en la notable rebaja que en el pago de derechos se ha logrado en el citado tratado, para comprender á simple vista los miles de miles de pesetas que ahorrarán los nuevos derechos á la industria nacional, que precisamente debe surtirse en mercados *extranjeros* de estos colores derivados de la hulla.

La división empleada al formar la nueva tarifa arancelaria con Suiza, por lo que atañe á los colores derivados de la hulla, no hay duda que está de completa conformidad con lo informado en este Ateneo, y en cuanto á los derechos fijados, si no son los mismos, son á lo menos muy parecidos á los pedidos en la información.

Es muy posible que en los nuevos tratados que están en vías de arreglo con diferentes naciones, puedan observarse otras analogías con las conclusiones sentadas en la información, y así será si aunándose las fuerzas y conocimientos de los valiosos elementos con que cuenta el Ateneo, no se ceja en el empeño, si es justo y patriótico.

Algún tributo había de rendirse en esta Sociedad á la música y así se hizo, á petición de varios socios, y con aplauso general. El notable pianista catalán D. Juan Gay, en concurrida velada, dejó conocer su maestría, admirable seguridad y delicado sentimiento, conquistando una merecida ovación por sus «Cants misteriosos», «Goig» y «Mignon».

Reducido é incapaz resultó este Salón para dar cabida á la numerosa concurrencia que solícita deseaba admirar los prodigios de los maestros Amigó é Imbert en los instrumentos de su respectiva predilección, el armonium y el piano. Entusiastas aplausos arrancó Amigó de la selecta concurrencia que honró la velada por aquél organizada, principalmente al saborear la «Zambra», la «Fiesta de Aldea» y la hermosa composición «Au bord de la mer», y no escasearon los plácemes y felicitaciones á Imbert al interpretar con verdadera limpieza y sentimiento el «Nocturno» de Pedrell.

Dos notables conferencias se dieron en el curso pasado. La una por el erudito Sr. D. José Fernández Luján titulada «Núñez de Arce y Guimerá en la lírica española», en la que después de atinadas consideraciones sobre el pesimismo de ambos poetas y de la analogía de sentimientos y sensaciones, estudió la significación de «María de Magdala», «Lo cant del diable» y «Judith de Welp».

La segunda, nutrida de datos históricos, la dió el distinguido é ilustrado teniente coronel de artillería del ejército de Chile D. Nicanor de la Sotta-Boza y en ella brotaban, tras alguna y sentida queja, notas de amor fervoroso por la antigua metrópoli, encaminando todo su estudio á obtener un *verdadero* vínculo de relaciones entre América y España. Digno de todo elogio es el trabajo realizado por el Sr. de la Sotta-Boza por la erudición que lo engalana, por la nobleza de sentimientos en que se inspira y por el fin que apetece. Abogó el ilustre conferenciante por la unión de españoles y americanos, como en una sola familia que en diferentes hogares se respetan, se aman, se ayudan y de igual modo se conducen, y fijó los medios conducentes á la realización de su propósito. En dicha conferencia, hizo el orador chileno con elocuentes palabras declaraciones de *verdadero* patriotismo español: permitidme que recuerde uno de sus párrafos: «Como americano, como chileno, en fin, que llevo en mis venas la sangre de vosotros, os invito únicamente á estudiar América y á que conozcáis, mejor que ahora, lo que os perteneció *de derecho*, para que con justificado motivo, después del justificado negocio mercantil, os enorgullezcáis á vosotros mismos, de no haber formado pueblos que no fueran capaces de ser dignos de la sangre española.»

En cuanto á la situación económica del Ateneo, puedo decir que, á más de desahogada, es próspera, gracias á los rendimientos que ha venido obteniendo de los ahorros acumulados. En 30 de Junio último, en que cesó la última Junta Directiva, contaba el Ateneo con 283,000 pesetas nominales de Deuda Exterior del 4 por 100, que al cambio del día equivalen á 212,000 pesetas en efectivo.

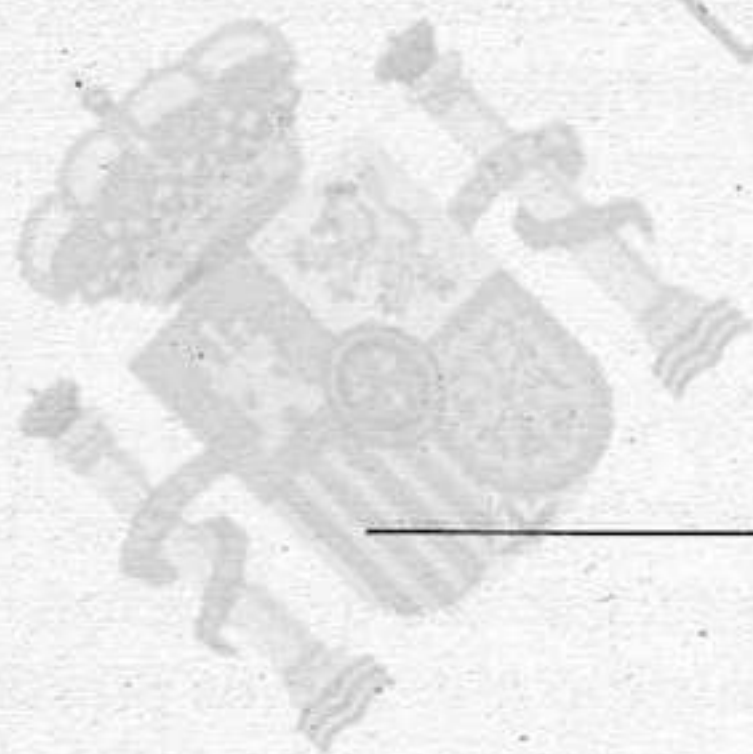
He anunciado que era próspera la situación económica, porque no podemos olvidar que diez y doce años atrás cerrábamos con déficit, que alcanzó á 40,000 pesetas, el cual, gracias á una bien montada administración, se extinguió rápidamente sin dejar desatendida ninguna de las necesidades de la Sociedad, antes al contrario, dando un impulso extraordinario á la Biblioteca, que en este período ha duplicado su haber.

- | | |
|----------------------------|--------------------------|
| D. Juan Pascual Nin. | D. José Iglesias Amigó. |
| » Juan Cendra Coma. | » Pedro Elorz y Elorz. |
| » Ignacio Pagés Prats. | » Juan Gualberto Morera. |
| » Benito Malvehy. | » Ramón Nonell. |
| » Eduardo Pinilla Fornell. | » Nemesio Singla. |

Derramemos una lágrima á la memoria de los que fueron nuestros buenos amigos é inolvidables compañeros, y permitidme que termine con las piadosas y consoladoras palabras: ¡Que descansen en paz y el Cielo haya premiado sus virtudes!

HE DICHO.

MINISTERIO
DE CULTURA



Terminada la anterior reseña, el Sr. Presidente del Ateneo, Ilmo. Sr. D. José Yxart y Moragas, leyó el siguiente discurso de apertura.



MINISTERIO
DE CULTURA



LA CRÍTICA LITERARIA CONTEMPORÁNEA

— 101 —

SEÑORES:

Un ilustre pensador de la última generación literaria francesa, muerto por desdicha á los treinta y tres años, dejó escritas en una de sus obras póstumas las siguientes palabras:

«La más importante tarea del siglo diez y nueve parece haber sido la de poner de relieve el lado social del individuo humano y de todo ser vivo, aspecto que olvidó el materialismo egoísta del siglo precedente .. A medida que la ciencia del sistema nervioso fué progresando, se ha ido comprendiendo mejor que eran insuficientes los puntos de vista del materialismo en bruto. La materia se ha utilizado á los ojos del observador; el mecanismo de Lamettrie es ya impotente para explicar la vida; la *fisiología* afirmó su dominio aparte y por encima de la *física* elemental. Por otro lado, el individuo, recluso hasta entonces en su solitario mecanismo, apareció como esencialmente penetrable á las influencias ajenas, solidario con otras conciencias, determinable por ideas y sentimientos impersonales. Es tan difícil circunscribir en un cuerpo vivo una emoción moral, artística, etc., como encerrar en él calor ó electricidad. Los

»fenómenos intelectuales, como los físicos, son esencial-
»mente expansivos y contagiosos. Los hechos nerviosos de
»simpatía, ya física, ya mental, se estudian hoy mejor; el
»contagio morboso, la sugestión y la influencia hipnótica
»empiezan á ser investigados científicamente. De estos casos
»enfermizos, que son los más fáciles de conocer, se pasará
»poco á poco á los fenómenos de influencia normal entre los
»distintos cerebros, y por esto mismo, entre las diversas con-
»ciencias.

»Por aquí se fundará la psicología científica y la sociolo-
»gía, como el siglo diez y ocho fundó la física y la astro-
»nomía.

»La estética, donde se resumen las ideas y sentimientos
»de un período histórico, no puede permanecer extraña á
»esta transformación de las ciencias y á este predominio cre-
»ciente de la idea social. La concepción artística, como todas
»las concepciones, ha de conceder su parte, cada vez mayor,
»á la solidaridad humana, á la simpatía á un tiempo mental
»y física que hace que la vida individual y la vida colectiva
»tiendan á confundirse.»

Hasta aquí la cita sacada del malogrado Guyau.

Pretendía estudiar hace poco, y no para este discurso, las vicisitudes de la crítica literaria contemporánea, y hube de acudir finalmente, entre otros, al último libro del pensador francés, que de ella trata en uno de sus capítulos. Empecé la obra, y á las pocas páginas me fijé en esta coincidencia. Guyau anuncia, como veis, en magníficas palabras, la definitiva constitución de una psicología y de una sociología científicas. Pues bien: del estudio atento de la crítica é historia literarias de nuestro siglo, resulta este hecho: en una de sus más grandes direcciones, relegando á secundario lugar el juicio propiamente artístico, se diría que una y otra no han tenido otro fin que aportar noticias y datos á esa psicología, á esa sociología: á la primera, con el empeño de investigar los íntimos lazos que atan la obra á su autor, y por aquí, todo su organismo mental: á la segunda, en su vasto propósito de inquirir las conexiones de toda literatura con la sociedad que la produce, y por aquí también, esos fenómenos de simpatía y contagio mentales de que habla Guyau, causa de los éxitos;

esos obscurísimos problemas de solidaridad de las inteligencias, origen del parentesco entre la literatura y todo movimiento social, esa atracción de las sensibilidades, raíz de todos los hechos artísticos.

¿Cómo ha venido á ensancharse hasta estos indefinidos límites la primitiva crítica literaria casi retórica, casi gramatical? Es muy sencillo. «El oficio propio de la literatura—ha dicho un escritor moderno — es el de anotar sentimientos: »cuanto más visibles están en un libro, más literario es.» En efecto, no se trata aquí de fútiles juegos de palabras, ni de escarceos retóricos. Una obra es literaria, cuando en ella se pone de manifiesto un alma, con toda diafanidad y energía. Si esto es así, se ocurre desde luego que á los investigadores de almas,—si me permitís la frase,—no se les puede ofrecer un documento más vivo, más inmediato, más íntegro y puro, fuera del mismo hombre, que un libro ó un escrito de este hombre. En ninguna otra noticia pueden hallar, no ya lo que este hombre siente y piensa,—que á veces no está en el libro,—sino el cómo piensa y el cómo siente, el funcionamiento de un espíritu, el espíritu mismo. Y lo mismo diremos de una sociedad. Examinad todos los trabajos en que se exterioriza, se prolonga, concreta y encarna el espíritu de una época: sus acciones, sus industrias, sus mismas artes. En nada de esto podréis estudiarla de más cerca, más al vivo, más íntimamente, rozando, por decirlo así, su espíritu recóndito é impalpable, como en su literatura: esto es, en la representación de sus pasiones, de sus fantasías é imágenes, de sus memorias. Y no porque esta literatura dé *siempre* noticias fieles de las costumbres y voluntades y opiniones de las sociedades,—que esto, repito, es otra cosa, á mi juicio no bien deslindada todavía,—sino porque, incluso cuando no las da de una manera directa, allí nos revelan esas sociedades, el modo que han tenido de sentir, el modo que han tenido de pensar é imaginar, el funcionamiento de sus facultades.

Esta importancia de las literaturas, no ya por sus bellezas, sino como revelaciones visibles de todo espíritu invisible, ha sido reconocida por historiadores, psicólogos y sociólogos; todos á una las miraron como datos preciosísimos. Nada tiene de extraño, pues, que los críticos, obligados á manejar

estos datos á menudo, hayan acabado por encariñarse también con la tarea de buscar en ellos el alma y la vida, antes de formular un juicio literario, ó con exclusión de él.

Imaginad á un obrero que se halla junto á una máquina, encargado de vigilar lo que produce: la máquina es complicadísima y perfectísima: su rodaje y sus funciones, maravillosos. Oculta ó velada para otros, á él se la ofrecen en una urna de cristal diáfano. Cunde por toda partes la vivísima curiosidad de conocerla: múltiples ciencias se ocupan en investigar el secreto de aquel movimiento. ¡Qué extraño es que el obrero, colocado junto á ella, acabe por interesarse también, no por lo que la máquina produce, sino por el cómo lo produce!—Tal ha hecho la crítica contemporánea: aplicó las instrucciones de otras ciencias que le son superiores, y coadyuvó, intrusa ó invasora unas veces, auxiliar otras, á esas psicología y sociología, que atraen en nuestro siglo á la mayor y la más poderosa parte de los pensadores modernos.

Obligado—con mucha honra para mí—á discurrir con vosotros esta noche sobre algún tema científico y literario, creí que podía interesaros tal vez fijar vuestra atención en ese aspecto de la crítica contemporánea. Con este objeto, desglosé y separé de mis apuntes, cuanto más determinada-mente se refería á él. Pero,—debo confesarlo con franqueza— el tema es tan vasto, las cuestiones que suscita tan complejas, la historia de esos ímprobos trabajos ya tan voluminosa en el día, que mi resumen, con ser un resumen, me ha salido abultadísimo. Temeroso de cansaros... no hubo remedio! he tenido que sacrificar partes enteras de mi estudio, y limitarme á un solo punto, á una sola de esas teorías críticas, todas empeñadas en mostrar en la obra la psicología del autor, en el hecho literario, la sociología de su tiempo. Os recordaré, pues, única y muy brevemente, cómo pretendió resolver el problema la crítica inductiva ó positiva, la que fué hasta ahora la más moderna y osada en sus investigaciones, la que, más ó menos, todos hemos procurado practicar, y en todos ha influído, incluso en sus adversarios. Veremos luego las rectificaciones que suscita hoy entre sus mismos discípulos, y terminaremos señalando, siquiera en breves palabras, cuál

sea el punto del camino á que llegó el criterio común, iniciando una reacción manifiesta y viva.—Este es el trabajo que ofrezco á vuestra indulgencia.

La crítica, como todo, no ha hecho más que seguir en sus evoluciones á las demás ciencias, con aquel paralelismo común á todas ellas en un momento dado. Todas marchan siempre en fila y de frente. Cuando reinaba la psicología cartesiana, ó la teoría sensualista del siglo pasado,—el mecanismo de reloj de Lamettrie, que dice Guyau—la crítica fué, en general, abstracta, razonadora más que sentida, técnica y casi limitada á la aplicación de unas cuantas reglas retóricas. La obra de arte era una joya de artífice: había que aquilatarla, pesarla, medirla... y nada más. La literatura era en buena parte una imitación de otra literatura: la de griegos y romanos, no la expresión de la vida; al crítico, pues, poco le importaba en el autor, el hombre, esto es, el conjunto de sus facultades, ni en la obra, la vida social. Era aquella una literatura pétrea, si me permitís la frase: ninguna molécula que flotase en el ambiente, ninguna raíz en el suelo.

Pero cuando en los tiempos modernos—y quiero referirme al mismo siglo pasado, particularmente en su último tercio—una revolución literaria verdaderamente portentosa, aplacó su abrasadora sed de novedades, en las fuentes de todos los países, de todas las clases, de todos los tiempos; cuando se vió que, además de la antigüedad, otros pueblos habían sentido y fantaseado de un modo distinto, cada cual según su carácter, su religión ó sus costumbres, con alma genuina y autóctona, entonces advirtieron que la literatura era, como si dijéramos, no pétrea, sino vegetal, esto es, que tenía sus raíces en el suelo donde crecía, que aspiraba el aire ambiente, que se nutría de la misma savia de la religión, la política ó las costumbres, que se coloreaba con el mismo sol vivificador de todo un país. Y no aplicaron ya el escalpelo crítico á tan delicadas plantas, sin tropezar con alguna de aquellas fibras entretrejidas con la belleza literaria: en otros términos, con el espíritu humano, libre, vario, apasionado y anterior á la retórica. Pero los tiempos estaban entonces por

una metafísica, por un idealismo absoluto, ó por el espiritua-
lismo ortodoxo y tradicional, y en la literatura buscaron
aquel mismo espíritu, según leyes y métodos racionales, con
proceso dialéctico, con teorías *á priori*. El crítico, que había
sido un gramático, fué un filósofo; tenía antes por toda cien-
cia conexa la erudición aristotélica, las humanidades; tuvo
desde entonces por auxiliar las ciencias morales y políticas.

Nosotros hemos alcanzado un paralelismo igual. Decaída
la metafísica, en auge el positivismo, éste nos trajo una crí-
tica positiva. En el reinado del fisiólogo, del naturalista y del
ingeniero, al escritor se le pidió que fuera, no humanista ni
metafísico, sino naturalista y fisiólogo. Una nueva filosofía
del arte identificaba los fenómenos mentales con los fenóme-
nos físicos, la concepción intelectual con la concepción vital:
reducía á una misma ley de unidad el espíritu y la naturaleza.
La literatura podía estudiarse, en efecto, como una planta...
tomando ya esta frase, no como una metáfora poética, sino
como un símil científico. Podía determinarse en virtud de
qué abono había crecido, cuáles eran sus condiciones clima-
tológicas, cuál su vitalidad física. La psicología literaria se
convirtió en psicología fisiológica; la sociología literaria, en
un problema de mecánica. Ya veis que Guyau la identifica
igualmente con la astronomía. Por aquí, las ciencias conexas
de esa nueva crítica, han debido ser todas las naturales, como
antes las morales. Esa crítica presupuso el conocimiento de
tantos y tantos estudios de una estética fundada en las sen-
saciones, en las teorías sobre la acción de los sentidos, en la
antropología, en la etnografía, en la psico-física, etc. Esa crí-
tica, — siguiendo siempre la línea paralela indicada, — fué á
la literatura, lo que la antropología determinista al derecho
penal, la biología, á las ciencias jurídicas, el naturalismo, á la
novela; lo que todo el determinismo, en suma, á las ciencias
naturales.

Desde luego, como todas ellas, partió de la necesidad de
observar los hechos tales cuales son, y esta necesidad trajo
otra: la de exhibirlos y describirlos con toda fidelidad. Cuando
se toma la sensación por origen único del conocimiento, lo

primero es provocarla. En literatura, estos hechos no podían ser otros que la misma obra literaria, la personalidad del autor que la había concebido y realizado, la época que la explicaba. Para cada uno de ellos, se imponía ante todo la visión real de las cosas, como en la misma novela naturalista, con el propio carácter, y por idénticas causas; esto es, una descripción total y completa, corpórea, plasmante, carnosa, tangible, sugiriendo el mismo color, bañada en su propia luz, ejerciendo su influjo vital por todos sus poros.

«Una obra,—dice uno de los discípulos de la escuela—
»hay que revelarla en *acto*, desarrollando en el alma humana las emociones que suscita. Hay que representarla como
»una fuerza cuyo choque se ha de medir. Siendo su efecto
»la emoción que causa, y acompañando á esta emoción la
»imagen sensible de su contenido, es preciso reproducirla
»añadiéndole su índice emocional; en una palabra, hacer su
»paráfrasis.»

Pero no basta describir la obra, sino el autor: hay que imaginar el hombre. «Cuando volvéis las grandes páginas de
»un infolio—dice Taine—las hojas amarillentas de un manuscrito, un poema, un símbolo de fe, lo primero que se
»ocurre es que aquello no se hizo por sí solo. Aquello no es
»más que un molde, parecido á una concha fósil, una huella
»parecida á una de esas formas depuestas en la piedra por un
»animal que ha vivido y ha perecido. Pero debajo de la concha
»había el animal, y debajo del documento había el hombre.
»¿Con qué fin estudiamos la concha, sino para figurarnos el
»animal? Del mismo modo, sólo se estudia el documento á
»fin de conocer el hombre que lo ha producido. La concha y
»el documento son despojos inertes; sólo valen como indicios del ser entero y vivo. Hasta este ser vivo hay que llegar: éste es el que es necesario reconstruir... el hombre
»viviente, observado, visto *con los ojos de la cabeza*. Cuando
»se ha establecido la filiación de los dogmas, ó la clasificación de los poemas, ó el progreso de las constituciones, ó
»la transformación de los idiomas, no se ha hecho más que
»despejar el terreno; la verdadera historia se construye,
»cuando el historiador comienza á distinguir á través de la
»distancia del tiempo, el hombre vivo, actuando, dotado de

»pasiones y de hábitos, con su voz y su fisonomía, con su gesto
»y su traje, distinto y completo, como el amigo que acaba-
»mos de despedir en la esquina...»

«¿Qué hay debajo de las lindas páginas satinadas de un
»poema moderno? Un poeta moderno, esto es, un hombre
»como Alfredo de Musset, Hugo, Lamartine, ó Heine, que
»ha cursado una carrera, que ha viajado, que viste un frac
»negro y lleva guantes, bienquisto de las damas, improvi-
»sando por la tarde media docena de frases, leyendo los diarios
»por la mañana, habitando por lo común un cuarto segundo,
»nunca muy alegre porque es nervioso y sobre todo, porque
»en la espesa democracia en que nos ahogamos, el descrédito
»de las dignidades oficiales, ha exagerado sus pretensiones
»realzando su importancia, y la finura de sus habituales sen-
»saciones le dan la tentación de creerse un Dios.»—Ya lo
veis: la tarea ha de empezar por imaginarnos el hombre
completo, si hay que conocerle bien en sus obras.

Suponed ahora que se trata, no de un hombre, sino de
toda una colectividad, y el procedimiento será el mismo.
Para la historia literaria, la misma búsqueda que para la bio-
grafía: una resurrección de las sociedades pintándolas al vivo,
y tales cuales eran. Nada de abstracto y razonado *á priori*: no
el rey, ni el general en apoteosis, ni el diplomático con sus
fórmulas huecas, ni el sabio con sus descubrimientos, sino
todos á la vez, tal como vivieron: los pueblos, en una pala-
bra, vistos, resucitados «en su taller, en la oficina, en el
»campamento, con su cielo y su suelo, en sus casas, con sus
»trajes, sus cultivos, su comida» sus miserias; todo el com-
plicado engranaje de la vida social en movimiento.

Este inmenso trabajo de reproducción ha sido en gran
parte, la mayor y más vasta tarea de la crítica contemporá-
nea: lo fué en el periódico diario, lo fué en las biografías de
los más grandes críticos, de Goethe ó Carlyle á Sainte Beuve;
lo fué en la misma historia política y social, aleccionada por
la novela arqueológica romántica, cultivada por todos los
grandes historiadores desde fines del pasado siglo.

En nuestros tiempos, el procedimiento no hizo más que
perfeccionarse; alcanzó esa plasticidad relevante de formas,
ese materialismo de frase, esa energía de color, esa intensi-

dad casi brutal de la sensación de luces, y hasta sonidos y olores, llevada á su mayor grado: una palpitación de vida, que antes hubiera parecido imposible alcanzar con la pluma. Y los resultados—no puede negarse—han sido artísticamente maravillosos: se logró una compenetración del ánimo del lector, con las cosas, mucho más segura para su conocimiento.

En el periódico, esa crítica artística, ó sugestiva ó impresionista, ó como queráis llamarla, pareció desde luego la más oportuna, la más amena. El periódico, sustituyendo á la revista, corriendo de mano en mano para toda clase de lectores, escrito con premura y fiebre, no tenía más remedio que soltar el polvo de las aulas ó prescindir del grave juicio, razonado, reposado, extenso de las revistas. Era forzoso que convirtiese su oficio, en apuntar, anotar, describir hechos literarios y artísticos conforme se sucedían. Han sido estos apuntes una suerte de fenomenología, correspondiente á aquel empirismo dominante. Transmitir de un estreno la exacta emoción, su propio calor, el verdadero estado momentáneo y fugitivo de los ánimos; dar un esbozo fiel de cualquiera solemnidad artística ó literaria; lanzar á la calle la primera y más viva impresión del libro; hablar de los poetas con poesía, hacer la novela del novelista, la historia del historiador; convertir, en una palabra, la crítica en arte de composición é imitación que tomaba por *natural* la literatura, como ésta á su vez, había tomado por modelo la naturaleza, fué no sólo caprichoso ó artístico ejercicio traído por la moda, sino la satisfacción de una necesidad, que tenía su origen en el riguroso espíritu científico que se intentó aplicar á la literatura.

En historia, el progreso, si cabe, fué mayor. Con tal procedimiento todos los errores, todas las generalidades y preocupaciones de secta, han venido al suelo. Las citas de los historiadores que han aplicado este método con éxito asombroso, son ya tan vulgares, que se os ocurrirán fácilmente. Si para autorizar mis palabras me pedís un ejemplo con el atractivo de la novedad, acudiré á uno inmediato y evidente para todos nosotros: el de las conferencias del Centenario celebradas en este mismo local. Cuando con su talento y su erudición, algunos de nuestros compañeros evocaban mate-

rialmente para nosotros, literatura, ciencia, artes, política del siglo xv, ofreciéndonos el hecho vivo y real, antes que todo comentario, entonces y sólo entonces penetrábamos en el conocimiento de aquel siglo. Cuando oíamos vibrar en esta sala, las mismas notas musicales que deleitaron al príncipe don Juan, ó veíamos con nuestros propios ojos, los mismos retablos que extasiaban en sus altares de oro á nuestros creyentes antepasados, ó sobre un plano de la vieja ciudad, nos era dado recorrer el mismo itinerario de las comitivas regias en las solemnes entradas de los Reyes Católicos, entonces y sólo entonces alcanzábamos á sentir algo de lo que sintieron aquellas generaciones muertas. Una alucinación momentánea era el primer resultado de aquel recuerdo de la realidad.

Pero claro está que la crítica no podía limitarse á esta tarea. No se reproduce ni provoca un fenómeno, si no es para descender á sus causas, á la ley que le rige. «Hay un hombre interior oculto en el exterior—sigue Taine—el segundo no hace más que manifestar el primero. Contempláis su casa, sus muebles... escucháis su conversación, sus inflexiones de voz, para juzgar su facundia de palabra, su indolencia, ó su alegría, su energía ó adustez. Si consideráis sus escritos, es para medir la extensión y los límites de su inteligencia, su invención y su sangre fría, el orden, la especie y la potencia habitual de sus ideas, de qué modo piensa y se resuelve. Todas estas exterioridades no son más que distintos caminos, para llegar á un centro: el hombre verdadero: el grupo de facultades y sentimientos que produce lo restante.»

Este objeto de la crítica fué realizado también en gran parte por insignes biógrafos de una precedente generación; pero sólo alcanzó en nuestros tiempos su mayor amplitud y la trabazón de todo un sistema. Los primeros psicólogos se contentaron con analizar el alma de un individuo, sin remontarse á considerar si había para todas ellas una ley que les fuese común.

Es lo que se ve en las celebérrimas páginas de Sainte-Beuve, en el extracto y como receta de su método. En él se insinúa, entre los críticos franceses contemporáneos, la famosa teoría de la raza, del medio físico ó suelo natal, del medio social, y del momento. La teoría es antiquísima; pero

sin remontarnos mucho, se halla en Bacón, en su método experimental; se aplicó á las instituciones políticas en el siglo pasado; se indicó también entonces como conveniente para el estudio de la literatura y por cierto por algunos críticos españoles: luego, ha venido á ser la clave de las aplicaciones del determinismo. Pero Sainte-Beuve parte sólo de ella, para llegar á una serie de observaciones individuales limitadísimas. La explicación de su método es casi un simple artículo de costumbres, delicioso como suyo, pero sin abarcar todo el sistema.

Según Sainte-Beuve, hay que colocar al autor en su país natal, y considerarle en relación con su raza. Si conociéramos bien fisiológicamente los ascendientes y abuelos del escritor, se tendría mucha luz sobre la secreta y esencial cualidad de los espíritus; pero las más veces esta raíz profunda se oculta á la investigación. En los casos en que no se oculta enteramente, es de gran provecho observarla. Se reconoce y se encuentra con seguridad el hombre superior, por lo menos en parte, en sus padres y sobre todo en la madre, el pariente más cercano, en los hermanos, en los propios hijos. Así, en las hermanas de Chateaubriand, se hallaban separadas las cualidades del gran poeta; una, toda imaginación, *sobre un fondo de necedad*; otra, de una sensibilidad exquisita, tierna, melancólica; así, los hijos de Madame Sevigné, se dividieron entre sí por partes iguales el talento de su madre, y hallábase en el varón su gracia y ligereza; en la hembra, la razón y la seriedad.

Otra fuente de conocimientos es para Sainte-Beuve, el grupo literario, el que llama un segundo parentesco, el parentesco del alma, la asociación espontánea y natural de los que, aun sin parecerse, emprendieron el vuelo por los mismos días y en la misma bandada, nacidos bajo un mismo sol, sintiéndose con vocación para una obra común. Igualmente se habrá que atender, según el gran crítico, antes que á todo, á las primeras obras, á las de la juventud, al talento en su primer instante de brillantez, en su primer fuego, en lo que tiene de franco y primitivo. Quien conoce al genio en su madurez, no le conoce bien... Pero hay otro momento para penetrarle más hondamente; cuando se gasta, se corrompe,

decae y se desvía; lo que produce entonces revela su verdadera cualidad: su exageración la denuncia.

Cabe descubrir también la propia aptitud en la afectación de la contraria, casi imperceptible falta de sinceridad en que todo el mundo incurre. Un autor trata siempre de ocultar, aun á despecho suyo, la deficiencia que siente por instinto, y entonces se arroja al vicio opuesto. No hay más que apreciar el defecto en sentido contrario. Así, fijándose en esos resortes ocultos del alma, se puede seguir estudiando la del escritor en su émulo, en su rival, el rival elegido, ó que proporciona la suerte: cada cual tiene el suyo, y da siempre la medida del valor propio; así, en sus discípulos y admiradores, en esos cómplices del genio, que le denuncian, falsificándole y parodiándole; así, en sus enemigos, y los que instintivamente le odian: ¡enemistades comunes entre literatos y artistas—añade el crítico—que nacen y duran hasta sin conocerse y que no hay que atribuir siempre á la envidia, sino á vivas incompatibilidades de temperamento! Y todavía continúa el autor acumulando los medios de investigación para sorprender y fijar un alma. Hay que conocer lo que pensó y sintió sinceramente en religión, cómo le afectaba el espectáculo de la naturaleza, cuál era su conducta en sus amores, en cuestiones de dinero, etc.

Todo esto está muy bien para levantar y poner en pie una sola figura, para retratos sueltos, pero no abarca ni profundiza la ley general de los organismos mentales. La crítica determinista pretendió más: pretendió que los sentimientos é ideas humanos obedecían á todo un sistema que obraba con la misma inflexibilidad mecánica de las funciones físicas. Para descubrirlo, se partió del principio sensualista de que en el hombre no había más que imágenes y representaciones de objetos, y según fuere la índole de estas representaciones, así era toda la vida intelectual. «Según que la representación sea limpia y recortada—continúa Taine—ó confusa y mal delimitada; según que concentre en sí misma un grande ó pequeño número de caracteres del objeto... toda la máquina humana se transforma. Si la concepción general es una simple anotación seca, á la manera china, la lengua se convierte en una especie de álgebra, la religión y

»la poesía se atenúan, la filosofía se reduce á una suerte de
»buen sentido moral y práctico, la ciencia á un conjunto de re-
»cetas, el espíritu entero toma un carácter positivo. Si, por
»el contrario, la concepción general es una creación poética
»y figurativa, un símbolo viviente, como en las razas árias,
»la lengua se convierte en una especie de epopeya matizada y
»colorada, donde cada palabra es un personaje, la poesía y la
»religión toman una amplitud magnífica é inagotable, la me-
»tafísica se desenvuelve amplia y sutilmente, sin cuidar para
»nada de sus aplicaciones positivas: el espíritu entero... se
»enamora de lo bello y sublime y concibe un modelo ideal.»

Aquí tenéis resumida toda la ley primera. Todas las variedades mentales de los pueblos como de los individuos, se derivan, pues, de la forma de esta concepción, y ésta depende á su vez de ciertas fuerzas primordiales. Estas tres fuerzas primordiales son harto conocidas: la raza ó las disposiciones hereditarias y nativas que el hombre aporta con él al nacer y que por lo común van unidas á diferencias marcadas en el temperamento y la estructura del cuerpo: el medio en que se vive, ó las circunstancias físicas y las condiciones sociales que completan ó deprimen, favorecen ó desvían, perturban ó educan esta naturaleza; y el momento histórico: el resultado de las dos anteriores fuerzas: con la impulsión permanente, y el medio dado, la velocidad adquirida.

Todo está aquí. De este vasto depósito, donde acumulan sus aguas subterráneas estos tres elementos, brotan las causas ocultas de todos los hechos históricos; estas tres fuerzas, diversamente combinadas, con impulsiones graduales y distintas, constituyen todo el mecanismo social, y á ellas se deben los grandes reinados de una forma del espíritu ó de una idea dominante ó las creaciones de la inteligencia. La diferente dirección que han tomado pueblos de una misma raza, hasta divergir y presentar caracteres distintos y hasta opuestos, cabe atribuirlos en gran parte á la diferencia de las comarcas en que se han establecido, que con su topografía les ha obligado á una vida distinta, ha desarrollado unas aptitudes á expensas de otras, les ha impuesto una organización diversa. Otras veces las circunstancias políticas creadas, han ejercido su influjo y determinaron las diferencias entre dos períodos

históricos. En otros casos, las condiciones sociales han impreso su sello por espacio de siglos. A un momento de originalidad, ha seguido un momento de imitación. Pero siempre, en toda disposición de espíritu podrá descubrirse la obra de una de aquellas tres fuerzas primordiales; siempre y en todos casos se verá que sus efectos se distribuyen por los diversos órdenes que componen una civilización; la religión, el arte, la filosofía, el estado, la familia, las industrias, dándoles un carácter homogéneo en cada país y formando diversos grupos. Así se ha pretendido construir todo un sistema vastísimo al que no escapa ningún hecho social, convirtiendo, en efecto, la marcha del mundo, en el movimiento determinado de una complicadísima y enorme máquina.

La aplicación de estos principios á la crítica literaria se ocurre fácilmente. Tanto á una literatura nacional, como á un período literario, como á un autor, cuando se le estudia separadamente, se le pueden asignar las mismas leyes resumidas hasta aquí. Una literatura no es más que el producto de las facultades predominantes en la raza; un período histórico, una idea creatriz que domina, se explica por el medio social, por la corriente de ideas comunes que adoptan todos los individuos de una sociedad, movidos del espíritu de imitación. Y, en último resultado, el genio de un escritor, comprendido dentro del mismo círculo, trae también igualmente marcados los caracteres de su pueblo, por ley de herencia, se nutre con las ideas de la época en que nace, con las costumbres y espectáculos que le rodean, con la educación que recibe y en él se fortalecen y afirman por selección unas facultades en detrimento de otras, gracias á la presión que ejercen por un lado en él los gustos de su público, gracias por otro, á la asimilación de los mismos. Conocida una facultad en él dominante, se puede determinar en virtud de qué leyes adquirió su desarrollo ó fué relegada á secundario lugar; conocida la sociedad de su tiempo, con todas sus ideas y prejuicios, sus sentimientos y voliciones, cabe descubrir en la obra, no sólo el reflejo, sino la asimilación de las mismas: é incluso el aspecto de la naturaleza del suelo habitado, pasa á su literatura é influye en sus cualidades de aspereza ó energía, unas veces muelle, risueña ó graciosa, otras veces

gigantesca, magnífica, melancólica, sombría, ruda, etc. En estas cuestiones van resumidos, pues, el funcionamiento de las sugerencias mutuas entre los hombres, y la trama sutilísima de sus sentimientos más delicados y al parecer más libres. Sin perder de vista la existencia de aquellas tres fuerzas, se puede seguir su acción complicada á través del desenvolvimiento gradual de toda una literatura, que se convierte en signo, signo vivo y parlante de todo un mundo misterioso y profundo cuyas últimas raíces se sumergen en lo inconsciente.

Quizás os habrá parecido un poco largo el resumen—con ser resumen—de esa conocida teoría; pero sin recordároslo, no podría pasar á las rectificaciones y objeciones que suscita en la actualidad. Siempre combatida, y se comprende, por todo espiritualismo é idealismo, esta oposición adquiere más vigor que nunca; pero antes que ellos, y en parte con ellos, están los mismos discípulos recién llegados. Estos no niegan de ningún modo la existencia y el valor de aquellas leyes, ó al menos de la mayoría; son probables, y en muchos casos visibles: ¿pero son todas determinables con la precisión y rigidez científica que se les ha querido dar? ¿puede levantarse sobre ellas un sistema verdaderamente científico? Esto es otra cosa. Todos sabemos que lo propio de una causa es producir siempre sus efectos; y sin embargo, aquí las causas consienten tales excepciones, que desaparecen ó se ocultan. Los mismos efectos son difícilísimos de determinar cuando se llega á casos concretos; con lo cual no hay posibilidad de investigación científica. Sobre aquellas causas probables se levantan á veces las generalizaciones no probadas, y esto obliga á una nueva revisión de los hechos ó á buscar la salida por otros caminos. Hay que atender á las deficiencias de la teoría, hay que expurgarla de errores, hay que limitar y precisar algunos de esos principios harto simples, siendo así que comprenden fenómenos harto complejos é indefinibles. Tal es el estado de la cuestión. La cada día mayor penetración del problema ha revelado su infinita complejidad, y esta complejidad lo ha obscurecido é introdujo en él las distin-

ciones y al fin la duda. Es ley de toda tentativa científica. Cuanto más se ahonda y más se socava el suelo, cuanto más se ramifican las galerías subterráneas, la luz y el aire van faltando en la mina.

La crítica biográfica de Sainte-Beuve, parece ya anticuada y en buena parte superflua. Hoy se tiende á desechar de ella cuanto se refiere á la vida privada del autor, á sus flaquezas ó amores, á sus costumbres, á su carácter moral en detalle. Para algunos, toda esa inquisición impertinente será muy útil si se trata de una semblanza más ó menos curiosa; será una obra artística en la pluma de un escritor de raza, como aquel portentoso maestro, pero de escaso resultado científico cuando se quiere determinar las particularidades de la organización mental de un genio creador. Estas, en definitiva, las manifiesta la obra. La creación intelectual es un momento supremo, una función muchas veces excepcional y poderosa; todas las facultades alcanzan entonces su mayor grado de intensidad y potencia. En la producción intelectual hay que buscar, pues, estas facultades, ya que allí se presentan en toda su integridad y plenitud. Aquella revelación exterior es la verdadera denunciadora del mecanismo interior y de todos los componentes de un alma. Fuera de allí, fuera de las obras, todo es nimiedad, contradicción y miseria en los autores, como para el resto de los mortales. Lo común y harto visible es que la vida corriente, en la mayoría de los casos, resulta lo superficial, lo frío, lo deprimido, siguiendo á tan soberanos esfuerzos; y lo prosaico y sin aliento tras haberse remontado el escritor en virtud del impulso de la inspiración. Los contrastes entre la existencia aparente y las obras, abundan. Si hay hombres que valen más que sus libros, por falta de algún resorte oculto, de una definitiva potencia de concentración, de alguna condición de la voluntad ú otra causa análoga, en cambio—tal vez con más frecuencia—las obras valen más que los hombres. De aquí que los admiradores pierdan muchas veces la ilusión, al intimar con su ídolo; de aquí que á todos nos pase lo que al ayuda de cámara de una frase célebre, al aproximarnos al mayor genio. Olvidamos que éste lo es precisamente, no por una potencia continua é igual, sino por el don maravilloso de adquirirla en inesperadas ocasio-

nes desconocidas para él mismo.—Y sin embargo de todo esto, que se nos ha ocurrido leyendo muchas biografías harto anecdóticas y triviales de que se ha abusado; aunque el cansancio y reacción contra ellas, tienen su razón de ser, no se ha visto bien hasta qué punto la única y recortada psicología de las obras, sin la vida, y sobre todo, sin la imagen completa del autor, como han querido Sainte-Beuve y Taine, nos traerá rápidamente á una crítica de nuevo abstracta, desprovista de color y de jugo. Es verdad que en un libro están todas las facultades investigables en su grado máximo, pero no es cierto igualmente que nos den todos los indicios funcionales. No se pueden estudiar sus desarrollos y sus causas, ni los efectos que tengan á la larga en ellos las demás impresiones de la vida, si nos limitamos únicamente á las obras. Y como se trata no sólo de los actos del genio sino de lo que sea en sí mismo, viviente, en su gradual desarrollo, en sus vicisitudes, en su carrera, en sus conexiones, se reduce demasiado por reacción siempre violenta, la parte verdaderamente biográfica de todo talento literario. La cuestión está, pues, en discernir y apreciar con todo el tacto posible, cuáles episodios de la vida se relacionan con la concepción artística y cuáles no; desechar la escoria de una revelación frívola, impertinente, y alguna vez baja y ridícula, para recoger las pepitas de oro de esa psicología literaria, auxiliar de la general.

Otras objeciones han suscitado el principio de la raza, el influjo del medio físico y el medio social. Todas llevan única y sencillamente este propósito: probar que ni la raza ni el medio son siempre determinables, ni de un efecto tan extenso como se ha pretendido. Nadie niega lo evidente, y es que estas leyes existen, pero al descender á precisarlas en cada caso, la cuestión se complica, las divisiones y distinciones son de cada vez más necesarias y de difícil precisión. Lo son tratándose de pueblos enteros, cuanto más al descender á los individuos. Según la antropología moderna, no hay razas puras, sino mezcladas, y de éstas es imposible precisar los caracteres. Las naciones formadas de una sola raza no existen tampoco en parte alguna, después de tantas invasiones é inmigraciones, y con tantas guerras y mudanzas sin cuento que han tejido la tupidísima trama de la historia. La mayoría de

las naciones son un agregado de pueblos distintos, y á veces hay más diferencias entre los distintos grupos de una sola nación que entre dos naciones, como sucede en España, en Francia, en Italia, por no citar más que éstas. No se puede pasar siempre, pues, del autor á su patria, ó al contrario, sin una investigación particular, en muchos casos imposible.

Pero todavía al descender á estos grupos para fijar un rasgo que los distinga, hallamos dentro del grupo caracteres opuestos y que pertenecen á otro. De modo que se aplica un rótulo general y vago á un conjunto; literaria ó familiarmente éste se da por definido; pero cuando luego se le estudia y se le aísla, aparecen en él tantas variedades cuantas existen en un círculo mayor. Así, por ejemplo, harto sabemos aquí lo que entienden en el resto de España por un catalán. Parece un tipo muy determinado y precisado... por lo menos en la conversación. Sin embargo, cuando un historiador, nuestro amigo el Sr. Pella, en su *Historia del Ampurdán*, penetró en estas cuestiones étnicas, hubo de separar y distinguir en Cataluña dos grandes familias, señalándoles como plantel y vivero dos grandes y características regiones de nuestro país: en la una, vieron la luz la mayoría de nuestros poetas y filósofos, soñadores, idealistas, dados á la especulación; en la otra, nacieron algunos de nuestros estadistas, médicos, matemáticos, etc. positivistas y observadores; en una palabra, la misma división en dos grandes grupos, que otros aplican vagamente al resto de España. Descendiendo más, se hallan en cada comarca villas y aldeas con rasgos contrapuestos entre sí, y que se suponen propios de tipos lejanos. Pueblos hay en nuestro país, á los que se llama *los andaluces de Cataluña*. Cuando se llega, pues, al último escalón, á los individuos, á los escritores, la determinación de lo que deben á la raza y en qué condiciones persiste en ellos, se hace ya difícilísima. Y como estos individuos de herencia tan mezclada, confusa é inconsistente, forman las literaturas, se ha llegado á otro principio: conforme van obrando tan múltiples causas sobre los pueblos, las literaturas de los que hablan un mismo idioma, son literaturas de idioma, no de raza. Cada individuo aporta á ellas de lejanas y obscuras regiones del pensamiento, su temperamento indivi-

dual, su idiosincrasia propia. Nos hallamos, pues, en el caso de nuevas y analíticas investigaciones, conforme se ansía salir de las fórmulas y llegar á la realidad.

Más difícil de fijar todavía con rigor científico, el influjo que ejerzan sobre la imaginación del escritor, en su juventud, en su familia, en aquella misma raza, el medio físico en que nació. ¿Qué dejan en la retina de su imaginación los aspectos de la naturaleza en su infancia? ¿cómo influyen en su talento? ¿qué dirección le imprimen esos caracteres climatológicos, geográficos ó pintorescos de un lugar? De ciertas relaciones visibles y claras se infirió otra ley que es también de posible existencia. «La Judea y sus aspectos — se ha dicho — se hallan vagamente en la forma de imaginación de los poetas bíblicos; la naturaleza oriental, en la exuberancia literaria de los poemas indios; la Grecia con sus líneas precisas, en los griegos.» Nosotros podríamos añadir: los poetas hispano-americanos tienen cierta hinchazón y pompa gigantesca y aguanosa, como la vegetación tropical y sus frutos dulzones. En los meridionales, hay ciertos despilfarros de luz y color. Todo esto es visible, pero indeterminado: nunca fijo como una ley física inflexible. El genio dotado de condiciones opuestas á la naturaleza circunstante, escapa á la ley. Sin una predisposición anterior, el fenómeno cesa. Entre los españoles, un crítico observó ya que el estilo clorótico de Martínez de la Rosa no parece de un granadino; Becquer, el poeta que más se complació en la poesía de las nieblas, de los gnomos, de los silfos cabalgando en un rayo de luna, es de Sevilla: Valera, de juicio tan frío, refractario á los entusiasmos, enemigo de apasionamientos, es cordobés. Podríamos extender los ejemplos, citando particularmente algunos poetas y dramaturgos catalanes, en quienes no se halla una sola cualidad típica de otros autores nuestros.

Pero, aun por lo que se refiere á la descripción de los paisajes naturales y á la visión de las cosas, de una influencia más directa y segura, observad, por ejemplo, que á veces no son los escritores de países más pintorescos los que más aciertan en sentir la naturaleza. La mayoría de los poetas andaluces ven los esplendores de su suelo de un modo retórico ó de un modo efectista; sustituyen la descripción con fraseo-

logía de libro ó exageran la sensación poco sincera y menos reposada. Diríase que vuelven la espalda á lo mismo que pintan y se contentan con vagas aproximaciones. De los americanos, algunos escritores del Norte, son los que más sienten la sublimidad de los vastos desiertos, de las enmarañadas selvas, de los bosques centenarios, enormes, como antediluvianos. De aquí que se haya concluído por sentar, que hay un influjo probable, pero débil, ó que requiere una aptitud anterior debida á otras causas. Del modo cómo influyen y cómo operan éstas, nada se sabe de fijo.

Pero si en todas las anteriores investigaciones sobre la raza, el clima, el medio físico, no se alcanzó otra cosa que mostrar su indeterminación y no la falsedad de la ley; si no se hizo más hasta ahora que enumerarnos las dificultades de aprehenderla y revelarla en medio de su infinita complejidad; la acción del medio social ha sido ya más resueltamente controvertida y limitada. En general es cierto que las ideas corrientes, las preocupaciones sociales, los hábitos y costumbres, los movimientos literarios anteriores, imprimen una dirección uniforme á los talentos de una misma especie. Y sin embargo, estas causas que explican las condiciones de los mismos, no solamente no pueden explicar, sino que contradicen la súbita aparición del genio, del talento superior. Lo propio del talento consiste en no substraerse, en adaptarse al medio social con lucha ó sin ella. En cambio lo que caracteriza al genio, es armarse contra él, vencerle, escapar á la sugestión común haciéndose superior á ella. El mundo social, como el mundo entero — se ha dicho — obedece á dos fuerzas: la imitación que nos arrastra á todos, y la innovación, la invención, que es cabalmente la propia del genio. La una no explica la otra: lejos de ello, le es contraria. ¿Cómo, pues, el medio social, que es la imitación, puede explicar la aparición y caracteres de un talento superior? Este precisamente salido de un medio social, con la energía de sus facultades y la adhesión que le sigue, crea otro medio. Cuanto afirma su individualidad; cuanto pone de resalto la personalidad propia, lo original, lo genial, llamado así, porque contrasta con su medio; y todo esto, precisamente, ha hecho grandes á los grandes. Hay pues, en ellos, una cualidad irreductible que ni se de-

termina, ni se define totalmente por ninguna de las condiciones externas, por muchas que sean las circunstancias, los datos, los pormenores históricos que se acumulen.

Pero otro fenómeno se ha observado y es: que cuando el medio social se complica, las personalidades se afirman más y más. Es el espectáculo de las grandes capitales en la historia; el de las modernas como Londres ó París. Donde la heterogeneidad social domina, la originalidad hace gala de sí misma, sin grande esfuerzo, hasta en detalles y pormenores, en direcciones raras, extravagantes y á veces insignificantes. Lo muestran en el día la literatura y la pintura parisienses, con tan múltiples y aun opuestos ideales y fines, con tantas individualidades singularísimas, con tales independencias de criterio. Estas independencias surgen precisamente como un prurito y casi una necesidad de no sentar plaza de imitador en ningún orden. Los más medianos extreman su cualidad saliente y se acogen á cualquier extravagancia con tal de protestar contra el medio social. En todas partes, puede notarse el mismo hecho, sea cual fuere el círculo, á medida que éste se ensancha, y así en las costumbres como en la literatura. En la nuestra, en la literatura catalana, era más fácil determinar unos cuantos rasgos comunes á los autores, hace unos cuantos años, que no lo es hoy, que no lo será mañana sin duda. La mayor extensión del cultivo de una lengua trae consigo las disgregaciones; éstas facilitan el espíritu de originalidad; un medio ayer único, es sustituido por otro: y se acaba por la imposibilidad de fijar ninguno ó por la obligación de distinguir varios.

Esto es lo que sucede, después de todo, cuando se abarca toda literatura en su conjunto. Hennequin formó una lista de las principales literaturas de Europa, detallando los géneros más cultivados en cada país, y resulta que en todas partes hay de todo en un mismo período: realismos, idealismos, clasicismos, todo á la vez. Aunque un crítico español notó ya que la lista de la literatura castellana era incompleta, y en parte errónea, no cabe negar, en vista de ella, que un medio histórico no impide nunca el cultivo de unos géneros en beneficio de otros. ¿En qué se ha opuesto el temperamento idealista de los libros de caballerías ó de los

grandes místicos, al realismo enérgico, varonil y prosaico de las novelas picarescas? ¿quién simboliza y encarna el medio social, en tiempo de Felipe IV? ¿Calderón con su ideal arrebatado, su fantasía sutil y quintaesenciada, y su recargada dicción, ó Quevedo con sus grotescas pinturas de una miseria abyecta y su concisión latina, ó Alarcón en su comedia terenciana, equilibrada y discreta? ¡Tantos ingenios y géneros, cuantas son las facultades del alma! Si abarcamos de una ojeada nuestro siglo, como harán sin duda los que vengan, para juzgarlo, ¿dónde hallarán la idea, la dirección dominante entre la multiplicidad variadísima de tendencias contemporáneas? La mayor y más esplendorosa eflorescencia de una poesía lírica que se remontó hasta sentir el tormento de la presencia de lo infinito, coincide con el brutal y vertiginoso desarrollo de todos los progresos materiales. La música simfónica, la sugestión etérea, impalpable, el temblor y calorío de lo ignoto, han convivido con la novela realista y carnal, y ambas se compartieron hasta ahora el entusiasmo arrebatado de unos mismos *dilettanti*. Mientras un teatro libre intentó la reproducción fiel y fragmentaria de episodios vulgares, el drama lírico puebla la escena de valkirias, caballeros del Cisne, místicos en éxtasis ante el cáliz sagrado. Todas las variedades, todas las modificaciones, todas las excepciones aparecen, y la ley se diversifica, se acentúa, se altera, ondula y se obscurece, hasta perder por completo su rigidez mecánica.

Esto ha inducido á buscar otra solución, y como siempre, á distinguir, á separar, y aguzar, en una palabra, el análisis, estableciendo grupos y subgrupos, si habíamos de entendernos: sobre todo, sin abandonar el principio, se le ha subvertido. No es el genio — se ha dicho — el representante de una sociedad, porque de ella arranque enteramente, sino al revés, porque ella le sigue; no atemos los genios á las naciones, sino al revés, las naciones á los genios; no vayamos de los admiradores al autor, sino al revés, del autor á sus admiradores. Estos se ven como realizados y sublimados en él: un lector halla en una obra sus propias aptitudes, sus propios gustos, su propio ideal. Nadie comprende, sino lo que ya lleva dentro; nadie siente bien en la obra literaria, sino lo

que es capaz de sentir antes de ella. Por el éxito de una obra, puede afirmarse, pues, la existencia de un grupo, que piensa y siente como el autor; un número de lectores cuyas particularidades mentales son semejantes á las del autor; una cantidad numérica positiva que da un valor de signo social al genio: convierte su unidad en cifra representativa de una fuerza social, añadiéndole ceros... si tomamos por ceros á los admiradores. Hay, pues, aquí una base de que partir, tanto más amplia cuanto que permite ir distinguiendo en una sociedad, las diversas agrupaciones de su heterogeneidad creciente. Así se puede notar de un modo preciso la mayor ó menor extensión de sus sentimientos, su diversidad, sus modificaciones: salir, en una palabra, de las fórmulas generales.

El principio me parece verdadero, y sin embargo no han faltado tampoco las objeciones. ¿Es posible siempre inducir de la admiración estética de un lector, una perfecta analogía y semejanza de ideales y sentimientos del mismo, con los del autor predilecto? Realmente, nadie gusta de ver contradichos en una lectura ni sus pensamientos, ni sus afecciones. Los libros groseros no complacen á las almas delicadas; las obras juveniles y frívolas parece que han de gustar á los jóvenes y las severas y sensatas á los hombres maduros. Siempre se ha dicho que es indicio de elevación de alma saborear las páginas de los grandes autores. Y así de todo. Pero eso no quiere decir que no se ofrezcan en este punto muchos contrastes. Según este principio, tendríamos que convenir en que la inmensa mayoría de las personas poco ilustradas, que son las más prosaicas, y de vida menos atormentada por la imaginación, tienen precisamente el ánimo dispuesto á las aventuras, una fantasía ardiente que sólo se sacia con maravillas de cuento de hadas, porque esta es la lectura que prefieren. Y sin embargo, la prefieren por el contraste con su vida. En la mayoría de los casos, se busca por el contrario un placer estético en los libros que más nos substraen, no ya á nuestras preocupaciones, sino al ejercicio mental de las propias aptitudes. Sólo las minorías que saborean las verdaderas bellezas—son siempre minorías—hallan dobles fruiciones en ver realizados

en el libro sus ideales estéticos, y aun entonces, su pasión, si se exagera, les lleva á gustar toda suerte de frutos, á consumir todos los manjares delicados sin excepción, con lo cual acabarían por dar también cifras engañosas á esas especiales estadísticas.

Sin embargo de esto, estas objeciones no me parecen más que límites necesarios á un principio verdadero: valen sólo como advertencias para que se aplique con discreción, pero, en el fondo, cuando los éxitos de una obra ó de una corriente literaria son muy decididos y alcanzan grandes cifras, cabe descontar una cantidad de falsos adeptos, otra cantidad de frívolos que buscan en el libro la satisfacción de un placer transitorio, y todavía nos quedaremos con la seguridad de que aquella cifra importa algo en sí misma, y es un signo de un estado social.

Pero ¿hasta qué punto? ¿hasta qué punto la admiración artística, toda de imaginación y sensibilidad, es signo de voluntades prácticas, de pensamientos positivos, de costumbres reales y corrientes? ¿hasta qué punto va atada á las creencias, á las convicciones morales, etc., y las refleja y formula, y les imprime dirección? Vednos aquí volviendo á la cuestión del principio, sin que hayamos hallado en la teoría suficiente luz para resolverla. Vednos otra vez con el problema que tantas obras plantearon y pretendieron aclarar desde el siglo anterior, cuando hallaron en todas partes, en toda literatura, una palpitación de vida, una corriente densa, fecunda é inagotable, que recoge para su magnífico manantial aguas y sales de toda religión, de toda política, de toda costumbre, de toda filosofía, y en cierto modo, las crea otra vez, les da cuerpo y miembros de persona viva, y un poder emocional para que lleguen á despertar los dos grandes agentes del mundo: la sensibilidad y la imaginación. Si esta acción es visible, en realidad no conocemos aún sus límites propios, ni adelantamos más en ello cuando se tiene medida la extensión de una literatura y sus éxitos, ni puede reducirse á fórmulas geométricas y mecánicas.

Estas confusiones y delimitaciones sucesivas, corriendo tras de lo impalpable, de lo invisible, de lo que no se mide.

ni se pesa,—lo cual, sea dicho entre paréntesis, ya empezaron por confesar los maestros del sistema,—estas confusiones, repito, dieron por fin nuevos bríos á la objeción formidable del espiritualismo, nunca callada ni vencida. ¡Como siempre! A una doctrina, á un método, á una idea cualquiera acompaña siempre el cansancio, llega tras ella el desaliento: y entonces se yergue la idea contraria para imperar otra vez. Y este es el espectáculo que vemos hoy, anunciándose en todo y en parte realizado. Una nueva metafísica surge, otra vez la psicología espiritualista se levanta, y cuenta aquellas rectificaciones como victorias suyas. Se ha querido—dicen—identificar los hechos intelectuales con los físicos, y se ha visto que era imposible: se determinó alguna vez las condiciones de la cosa, pero no se ha llegado al conocimiento de la cosa misma, el único que puede satisfacer á la inteligencia humana. En el término de tantas investigaciones, se halla un elemento irreductible que escapa á toda ley descubierta; se divisa un mundo inexplorable sometido á leyes distintas: una sutil esencia, impalpable y oculta, que escapa á esos instrumentos y métodos de investigación que no se hicieron para ella. Por encima de tantas objeciones que pretenden todavía determinar lo indeterminable, se alza más irrefutable que ninguna la existencia del genio y de su enérgico impulso innovador. El genio, como el héroe, han venido á tener en esta cuestión un valor indudable de argumento definitivo. Uno y otro se han convertido en representación y en cierto modo encarnación de lo incognoscible y de lo divino, y como el punto más alto en que el espíritu emerge por encima de todas aquellas leyes de la naturaleza en que vive aprisionado.

Si en las ciencias y en las artes está visible esta nueva evolución que rechaza por limitada y estrecha toda aplicación del determinismo mecánico, en la crítica literaria se manifiesta este impulso con nuevas tentativas para basarla en una estética idealista afirmando la posibilidad de un juicio objetivo, impersonal, superior al tiempo, al lugar, á la diversidad de dictámenes y á los volubles cambios del medio social. Otros, precisamente los recién llegados—Carlos Morice entre ellos—abominan de las críticas de *dilettante*, excépticas, refi-

nadas y bonachonas, indignas de la seriedad, de la santidad del arte, muestra de anarquía intelectual, disolvente de las sociedades hartas maduras. Otros—en España, Clarín—quieren que se afirme de nuevo la distinción entre esa crítica sociológica y la exclusivamente literaria, que mira resueltamente al arte y á su técnica, incluso á la técnica, sin más filosofías. Es la crítica que ya mucho tiempo ha, llamó con grandes voces Flaubert, en aquella célebre carta que pasó de cita en cita: «Me decís que la crítica muere; yo creo que ahora empieza. Antes el crítico era un gramático; hoy es historiador. ¿Cuándo será artista, nada más que artista? ¿Cuándo volverá á hablar de la obra en sí misma, de sus bellezas, de su composición, de su estilo?» Y como para volver á esto hay que establecer unas cuantas verdades abstractas, creer que el mundo es un orden, que existen categorías, la evolución está patente en esta materia como en todas. Se da la mano con esos neoidealismos que nacen, con esas sordas reacciones religiosas que trabajan á tantos espíritus, con ese retroceso de espanto ante el inquirir infatigable de las ciencias, ¡qué más! con ese mismo esfuerzo ya tan adelantado, por conciliar las grandes experiencias adquiridas con la abstracción racional en una síntesis, alta y sincera; esa reconciliación que trae siempre á la memoria la célebre frase que no recuerdo en este instante de quien es. Se compara en ella á idealistas y positivistas, con dos brigadas de obreros que trabajan en el mismo túnel, marchando en direcciones opuestas hasta el punto en que ha de quedar perforado. No se encontraron todavía, pero se van acercando, acercando, y mutuamente sienten ya el golpe metálico de los picos y azadones. Cuando lleguen á abrazarse, brotará nueva luz y se hallará más ancha salida á las obscuridades de lo presente. Siguiendo la comparación, digamos que se podrán trazar unos cuantos kilómetros más de vía, para el porvenir.

HE DICHO.

Terminada la lectura del anterior discurso, el Sr. Presidente del Ateneo, en nombre de la Junta Directiva, dió las gracias á las Autoridades, á los representantes de las corporaciones y á cuantos habían honrado con su presencia el solemne acto que acababa de realizarse, y declaró abierto el curso académico de 1892 á 1893.

EL SECRETARIO GENERAL,
Joaquín Fiter y Cava.

V.º B.º

EL PRESIDENTE DEL ATENEO,
José Yxart y Moragas.

